

una cordial amistad. En los círculos científicos capitalinos reinaba la convicción de ser Caldas, por sus propios méritos, el único sucesor de Mutis; y así, sin nombramiento alguno, el leal discípulo se consideró en la obligación moral de continuar las investigaciones de su maestro sobre las quinas, para demostrar ante los impugnadores, que Mutis estaba en lo cierto; al respecto escribió:

“Mil veces se ha reprochado a Mutis que no haya conocido las quinas de Loja; las disputas entre los botánicos de la expedición peruana y nuestro amigo Zea, han levantado mucha polvareda sobre la cuestión de si la quina anaranjada de este país, es de la misma especie de la de Loja. Humboldt ha aumentado aún más la indecisión por sus dictámenes. Existen tres cartas suyas, en que emite otras tantas opiniones distintas acerca de la quina de Bogotá. Desde Lima escribía al Virrey Mendinueta el 7 de noviembre de 1802, que la quina anaranjada, roja y amarilla que había descubierto y definido Mutis crecía a la misma altura y entre análoga vegetación por lo que no creía que las cascarillas de Loja tuvieran ventajas sobre las de Bogotá. El mismo Humboldt dirigió a Mutis otra carta que yo he visto y cuyo contenido me ha repetido este con frecuencia; dice en ese documento que la quina anaranjada de la Nueva Granada es solamente una variedad de la Loja. Una tercera dirigida a mí dice por fin: “La quina llamada generalmente de Loja, es en verdad distinta de la clase anaranjada por el tamaño de sus estambres y por el perímetro del tronco”. Un sabio como Humboldt estaba llamado a desatar semejante duda que afectaba al comercio y a los negocios, el crédito del artículo y el bienestar del pueblo. He creído de mi deber reunir cuidadosamente todo cuanto pudiera contribuir a esclarecer las opiniones sobre esta interesante cuestión”.

Caldas, profundo conocedor de la pereza individual, de la indolencia general y de la acción enervante del clima tropical, nunca fue pesimista sobre los destinos del país, pero aceptaba la necesidad de conductores que movilizasen las fuerzas vivas de la Nación a su propia acción. Pensaba que dado el aislamiento del Nuevo Mundo, cada pensador criollo requería un intérprete científico; en la exploración de las selvas vírgenes, el conocimiento de los detalles y los estudios especiales deben indicarle al machete y la dinamita los senderos y brechas, porque donde no hay amor a la ciencia no habrá amor a la patria.

Por eso hizo de su "Semanario" un pregonero cada vez más elocuente del resultado de las autóctonas investigaciones científicas con el fin de hacerlas más comprensibles de todos, y estimularlos a labores de general utilidad; hasta mediados de 1810 conservó la dignidad de ser una hoja inspirada en las más altas motivaciones, que sin interferencias extrañas solo perseguía el honor de la Nación.

Penetrar al alma popular por medio de la ciencia fue lo que Caldas se propuso desde un principio en su periódico, y por eso tan modesta iniciativa alcanzaba semana tras semana más dilatadas órbitas; siempre supo su director encontrar y exponer tópicos que a pesar de su carácter científico poseían interés general y práctico; fácil le fue por tanto, a este sabio y patriota, que antes nunca se había desempeñado como escritor público, destacarse como excelente publicista; poseía el raro don de influir benéficamente con el aporte de sus conocimientos, y sacar partido para proyectos pertinentes al honor de la Nación.

Para avivar la atención general hacia los menesteres que le interesaban, estableció el sistema de iniciar debates públicos y controversias en el ánimo de formar colaboradores espontáneos, también apeló a los concursos literarios. Estas sugerencias no siempre lograban eco en el conglomerado de tan dilatado como poco poblado país, pero Caldas mismo suplía y disimulaba este desgano publicitario.

No solo publicaba trabajos meteorológicos, relaciones de sus observaciones, descripciones diversas y especiales, sino que también terció en el primer debate científico suscitado en América respecto a la influencia del clima en los seres orgánicos, para lo cual escribió el primer ensayo sobre ecología americana salido de la pluma de un criollo, encaminado, desde luego, a conciliar las contrapuestas opiniones, que él sintetizó en las siguientes palabras:

"Los unos atribuyen al clima o al conjunto de condiciones físicas de nuestro alrededor, influencias muy diversas sobre el ser llamado hombre; otros niegan toda influencia de la naturaleza sobre la imagen de Dios".

En su afán de estudiar el modo de vivir de los animales y las plantas y sus relaciones con el medio ambiente, escudriña Caldas tanto los factores biológicos como los físicos dominantes sobre el ente indoamericano; desde la presión atmosférica, la elec-

tricidad ambiental, la influencia de las montañas, los bosques, los valles y los ríos, hasta el sistema de nutrición, el método de vida, las órbitas de acción, las características raciales, sus contrastes entre sí; desciende luego hasta los subfondos que impiden a los habitantes de la Nueva Granada formar una verdadera unidad popular como base de la nacionalidad, y aporta así un conjunto de nuevas ideas etnológicas hasta entonces desconocidas para los bogotanos.

Ya no es el botánico ni el astrónomo; es el antropólogo que así discurre: “El hombre varía bajo la influencia de un clima dado”; su color se llama blanco, negro o moreno y así todas las clases intermedias; su estatura, gigantesca o pigmea, su faz hermosa o fea; su complexión robusta o débil, propenso a las virtudes o a los vicios. Análogas transformaciones conocen los animales y las plantas aunque raras veces.

“Las necesidades de los pueblos, su riqueza y su miseria, su capacidad y su impotencia, su capital y su pobreza; todo varía con la situación geográfica y con las proporciones climatéricas de las poblaciones”.

Estas extrañas ideas sociológicas que para Caldas no eran cosa distinta del producto de sus investigaciones y experiencias, fueron interpretadas como materialistas por una clerecía que en la Nueva Granada se encontraba huérfana de pastor desde 1804 con la muerte del prudente Portillo, y carecía ahora de una jerarquía espiritual autorizada para dirimir las controversias entre la ciencia y la fe; fue así como la mayor parte del clero se declaró en forma inconsulta contra las tendencias y orientaciones del “Semanario” (25).

La gratuita posición adversa clerical no perturbó a Caldas en sus elevados propósitos, y antes bien, supo sacar partido ante la opinión pública estimulando desde sus columnas una especie de debate literario sobre temas derivados de sus criticados postulados; así inició un concurso sobre cuál sería la apropiada producción para el clima de la Nueva Granada que debería fomentarse especialmente, y qué cultura extranjera podría naturalizarse mejor en nuestro medio tropical. Escribió una ponencia sobre la producción de la cochinilla, el cultivo del árbol del canelo, del clavo, de la nuez-moscada y de otras clases de especies asiáticas. Revivió el importante tema ya tratado por Mutis sobre el cultivo del nopal, adujo la parte original de sus observaciones sobre la

cochinilla, adelantadas con interés desde su estadía en Quito, para revisar todos estos resultados con los materiales oficiales presentados desde el tiempo del Virrey Flórez.

Caldas no solo se preocupaba por la aclimatación de plantas extranjeras; similares ideas expuso respecto a la conveniencia de naturalizar animales extraños para el uso doméstico e industrial en la Nueva Granada tan escasa en fuerzas de trabajo, y medios de transporte. Para la realización de sus planes trató de interesar a la "Sociedad Patriótica" que desde hacía varios años existía de nombre, pero en cuya reorganización se había empeñado con todas sus fuerzas desde su arribo a la capital. Consideraba que esta "Sociedad" podría promover la introducción al país de cabras de Angora, y de animales donadores de lanas selectas y al mismo tiempo aptos para transporte de carga como camellos y llamas, que serían distribuídos no solo en los Andes del interior sino también en las montañas de Mérida y en la Sierra Nevada de Santa Marta. Tampoco pasó por alto Caldas la conveniencia de interesar al Consulado de Cartagena en estos propósitos, y al efecto le escribió a su amigo Pombo, Cónsul General, cuya importante colaboración para el "Semanario" deseaba también obtener.

Sabía muy bien el interés de Pombo en la idea expresada ya por Humboldt sobre la posible construcción de un canal Cúpica-Atrato y la apertura del comercio de este río; conocía su predilección por el problema de las quinas, cuyos conocimientos complementarían las observaciones hechas en Bogotá; y no ignoraba que el incansable comerciante de Cartagena estaba en estrecha vinculación con los círculos intelectuales santafereños hasta el punto de que el erudito José María Salazar le dedicara desde París, en expresión de reconocimiento a sus afinidades espirituales, su traducción de *L'art postique* de Boileau.

La idea capital de Caldas era confeccionar un mapa de la Nueva Granada, y al efecto difundía cada vez más su correspondencia; sus cartas se encontraban donde quiera que podría prestarse un servicio a las ciencias; las dirigía a quienes él consideraba poder ganar como adeptos para aquel gran propósito. Ante todo necesitaba reunir todas las observaciones barométricas hechas en el país, especialmente las de Restrepo, en Antioquia, así como las de aquel minero alemán Eisner en Pamplona. Mucho se prometía de los trabajos que Humboldt y Bonpland publicaran en Europa, sobre los cuales principiaban a llegar aisladas noticias,



Miniatura hecha del natural en la ciudad de Quito. (Propiedad de sus descendientes doña María T. Arboleda de Cajiao. Museo 20 de Julio.

él solo conocía aquel “proyecto” sobre la **Geografía de las plantas** que Humboldt redactó en Quito en 1803, días antes de su partida para México y dedicado a Mutis en cuyo archivo lo encontró; por la prensa de Madrid se habían divulgado algunas cartas de viaje del barón alemán y extractos de sus trabajos preliminares sobre México; un periódico parisiense publicó avances sobre su obra **Imágenes naturales de los países tropicales**, de la cual se conocía el tratado referente a las salinas de Zipaquirá.

Se consideró entonces la publicación de todos estos estudios para lo cual se actualizaron los artículos periodísticos de Madrid y París ya difundidos en Bogotá; Lozano vertió al español el manuscrito francés de la **Geografía de las plantas**, al paso que Caldas le agregaba acotaciones críticas destacando los méritos de Mutis en relación con el descubrimiento de varias especies de plantas, pues se tenía la impresión de que Humboldt no destacaba suficientemente los méritos del sabio español. En otras enmiendas se alude a la descripción del volcán del Tolima, del Salto de Tequendama, del esplendor de los astros en las noches tropicales, e inclusive sobre la decadencia de los indígenas.

Esta labor de compilación se inició con la reproducción de la citada **Geografía de las plantas** que tanto interesó a Caldas sin conocer aún la edición parisiense de 1805, y en el artículo final aparecido en 1809 decía, defendiéndose de pérfidos ataques:

“Aunque nuestro “Semanao” no hubiera realizado otra cosa que la reedición de esta admirable obra consagrada a Mutis, llena de vigorosos, brillantes e ingenuos pensamientos, y de sucesivas observaciones originales, ya tendría asegurada con eso la gratitud de la posteridad. Vergüenza da que haya aquí en el país algunos ignorantes que nos hayan atribuído un crimen por la propagación de la traducción y que hayan considerado la obra misma como inútil. Hemos agregado algunas notas que ora justifican y apoyan, ora refutan también al sabio viajero; de aquí que nuestros detractores llaman a esto razón práctica, y por lo mismo no merecemos la maliciosa calificación de humboldtistas”.

Las perspectivas de que pronto se publicaran en Europa todos los resultados de los viajes de Humboldt en una gran obra, parecían ser muy favorables; ya Federico Shoel, en París, había prometido editar para 1806 las seis primeras secciones. La primera se iniciaría con la **Geografía de las plantas**, constaría de cinco volúmenes dedicados a descubrir los viajes completos con sus memorias y trabajos sobre los países recorridos y sus habi-

tantes; estaría ilustrada con tres mapas: el primero representativo de paisajes regionales y antigüedades; el segundo contendría las cartas físicas y el tercero las geográficas; estos dos últimos atlas estaban anunciados para fines de 1807. La segunda parte, que probablemente estaría concluída por esa misma época, estaba dedicada a la zoología y la anatomía comparada, ilustrada con cráneos de indios, de primitivos peruanos y en general de nativos. La tercera parte sería un tratado de ciencias político-administrativas sobre la Nueva España con acotaciones cartográficas. La cuarta parte, compuesta de dos volúmenes, contendría todo lo relacionado con la astronomía y el magnetismo. La quinta, igualmente casi terminada, comprendería una pasigrafía geológica, o sea, una descripción del yacimiento de las rocas y posición de las montañas. Finalmente la sexta parte estaría dedicada a la botánica: el primer capítulo contendría la descripción de todos los vegetales nuevos descubiertos durante el viaje de Humboldt con todos sus detalles y clasificaciones; y el segundo la monografía sobre las melástomas, gramíneas y criptógamas.

Gran acontecimiento publicitario sería esta obra, no tan solo por la calidad del contenido y nitidez de la impresión, sino, porque a más de sus autores —Humboldt y Bonpland— colaborarían en ella los primeros sabios de Alemania y Francia; cada página de este denso tratado, minuciosamente revisado, contendría datos de gran importancia para la Nueva Granada, que no por lo circunscritos a determinada porción del Nuevo Mundo, dejaban de tener interés universal.

Caldas, desde su silencioso Observatorio Astronómico, confiaba en las promesas del editor, y con jubiloso entusiasmo esperaba tan próximo acontecimiento para acrecentar el acervo de sus estudios predilectos.

En el "Semanario" contaba con la perseverante y fiel colaboración de su circunspecto amigo Lozano; un original e interesante trabajo suyo fue la introducción a su **Fauna Cundinamarquesa**, cuyo prólogo bajo el título "El hombre" resultó de excepcional interés por los agudos juicios sobre cruzamiento de las razas suramericanas allí enunciados.

Coincidían Caldas y Lozano en su preocupación por el porvenir económico del país, y así como el primero se interesaba por la introducción de llamas, el segundo sugirió el proyecto de aclimatar los camellos africanos ya naturalizados en las islas Canarias; parece que esta empresa, en la que cooperó su hermano,

el marqués, fracasó por cuanto el encargado de ejecutarla y conducir esos cuadrúpedos, no desplegó el cuidado necesario en el transporte.

Esta iniciativa suscitó algunos debates sobre la capacidad de aclimatación de esos mamíferos rumiantes; muchos opinaban que esos animales, tan útiles en el desierto por su sobriedad y resistencia, no podrían vivir en las montañas de la Nueva Granada. Caldas era de opinión contraria, y aun refutando el concepto de Buffón de que el camello no se adaptaría en los países suramericanos, se pronunciaba en favor de las propuestas de su amigo Lozano.

No menor atención mereció también otro proyecto de este científico, para establecer un colorímetro a fin de poder describir la variedad de los matices cromáticos tan abundantes en los trópicos. Desde 1802 había comunicado esta idea a Mutis quien mandó hacer el ensayo a Rizo, pero el éxito quedó en suspenso, porque Lamark en París, proyectaba análogas observaciones y precisaba captar primero exactas noticias sobre sus métodos y resultados. Lozano aprovechó esta oportunidad para suscitar otro debate público en torno a esta cuestión amonestando a emitir sugerencias, toda vez que ahora, no contando con el consejo de Mutis, necesitaba la ayuda de terceras personas, tanto más si se tenía en cuenta que conforme a las nuevas orientaciones dadas a la Casa Botánica, solamente se disponía de materiales de pintura y escritura, pero no de pintores para las ilustraciones de su fauna.

Sinforoso Mutis no poseía la misma actividad espiritual de su difunto tío, y su principal preocupación era atender y continuar los estudios científicos predilectos del ilustre desaparecido; aun permaneció ajeno a las actividades publicitarias del "Semanario", del cual era apenas un aparente colaborador, como que su primera contribución literaria efectuase dos años después de fundado el periódico, el 26 de febrero de 1810, entonces escribió:

"Encargado desde enero de 1809 de la parte más importante y científica de la Real Expedición Botánica, gozo hoy de la satisfacción de haber terminado la primera obra que me encargó el Virrey o sea la **Historia natural de los árboles de quina**".

En realidad, Sinforoso tituló así genéricamente su trabajo para reservarle a Caldas lo relacionado con la geografía de los árboles de quina, determinación que en nada perturbó al sabio

ni limitó sus aspiraciones, pues lo que Sinforoso produjo fue solo un bosquejo, en forma no minuciosa, de la quinología bogotana.

El sobrino dio rápido término al trabajo de clasificación y sistematización, iniciándolo con un tipo especial de **chinchona**, conforme a una nomenclatura especial y a los diseños de la primera hoja que ilustra la obra de la flora; en seguida se refiere a las *Lancifolias*, de la especie de la quina tunita de Zea, cuya descripción, iniciada por el tío, fue continuada por el sobrino; luego se exponen trece variantes pertenecientes a Caldas con excepción de una sola, producida por Sinforoso y colocada en primera instancia; se continúa esta clasificación con la **Cordifolia** cuya clasificación típica corresponde al director, aunque entre las cinco variedades admitidas de este género hay dos sin nombre del autor y las otras tres pertenecen a Caldas. El tipo de la **Oblongifolia** y sus tres variantes complementarias están rubricadas con el nombre de Sinforoso, lo mismo que el tipo **Ovalifolia** y sus dos primeras variedades; la tercera corresponde a Restrepo. Concluye la obra con las tres especies designadas según la florescencia, en la original descripción de Mutis.

Esta obra ostentaba una magnífica apariencia de infolio nítidamente manuscrito con sesenta ilustraciones en color que representaban el proceso de desarrollo, florescencia y fructificación de la **chinchona** con todos los detalles analíticos, figurando el nombre del gran Mutis como único autor.

La tardía contribución de Sinforoso al "Semanao" de Caldas no se limitaba a tratar sobre esta quinología, en el mismo escrito aludía también a la flora en los siguientes términos:

"Después de terminar la obra de la quina, principié a trabajar inmediatamente en la flora bogotana. Este es un tema inmenso en el que mi tío ha gastado cuarenta y cinco años sin poder terminarlo; más de 2.000 plantas forman la colección. He trabajado por ordenarlas según el sistema de Linneo, comparando cada tabla con los manuscritos y con el análisis a fin de completar lo que falta y separar las clases nuevas; con esto podrá ser publicada la obra en seguida".

La gran especulación de Mutis —**Genera plantarum**— fue incomprendible hasta para el heredero científico, y así se expresaba en el mencionado escrito:

"Mis colaboradores Lozano y Caldas están animados de mi mismo celo; y si la historia diaria de nuestros planes no lo im-

pidiera, si la Nación no hubiera abordado cuestiones de mayor trascendencia, los sabios podrían tener en sus manos dentro de pocos años, las obras del laborioso Mutis. Después reconocerán los enemigos de su honra, que su peculiar modestia fue el principal obstáculo para que tales trabajos no hubieran sido publicados durante su vida. Como nosotros no poseemos en el presente los medios de hacer aparecer dignamente esa grande obra, y como nos faltan los libros nuevos sobre una ciencia tan prodigiosamente adelantada en los últimos años, debemos, para no ir a ser la causa de que se pierda el descubrimiento original, publicar inmediatamente en este periódico, las nuevas especies, pero solo describiendo las clases y reservando todo lo demás para la prosecución de la flora bogotana”.

Así algunos números de la modesta hoja periodística de Caldas contenían algunas descripciones muy sencillas de tan pomposamente iniciada colección botánica, con definiciones bastante generales sobre sus principales caracteres; las primeras especies llevan los nombres de los miembros de la expedición; esa lista se iniciaba con la *Amaria*, bautizada así en homenaje al Virrey, la *Caldasia*, la *Lozanía*, la *Venezuela*, la *Consuegria*, etc. No aparece aquí ningún vegetal americano en honor a Mutis, pues ya en la nomenclatura de Linneo existía una *Mutisia*; Caldas en honor a su amigo de Cartagena reseñó una *Pombea*, y posteriormente se completó la lista con especímenes ya que habían sido calificados por su director y de los cuales solo se conocía la *Puchenria*.

“Así se consagraron para la perennidad en la historia de la botánica nombres ilustres de ese escaso firmamento científico neogranadino, donde se eclipsaban unos astros y surgían otros”. Tal sucedió con Matiz, poco ducho para la pluma, quien no figuró en el círculo de los estrechos colaboradores de la expedición. Era de espíritu tranquilo y prefirió compartir su vida entre el hogar (contrajo matrimonio en Bogotá en 1804), y la pintura; surgió en cambio Eloy Valenzuela, hombre de gran diligencia; sacerdote y científico como su maestro, supo combinar su apostolado eclesiástico en Bucaramanga con los trabajos científicos y sus actividades predilectas encaminadas a estimular las empresas de utilidad común y bienestar social; preocupado por fundar talleres de hilandería de algodón, el mejoramiento del cultivo de cereales, el incremento de la producción harinera, etc. Aporte muy significativo para la cultura ciudadana lo constituyeron las colectas públicas que su gran sensibilidad social adelantó para completar la dotación del gabinete de ciencias naturales estable-

cido por Vergara y Caicedo en el Colegio del Rosario. Sus observaciones científicas tenían el mérito especial de proceder de las mismas regiones que fueron escenario de prolongados años de trabajos de Mutis; surgían así reminiscencias de mejores tiempos pasados con proyecciones prometedoras para el futuro. De gran perspectiva económica era, por ejemplo, el comunicado sobre el hallazgo de una mina de alumbre cerca de Girón que Valenzuela había remitido a Bogotá: ese hombre tenaz y constante tenía en mentes elaborar una flora de Bucaramanga iniciándola con la colección de las gramíneas, plantas que hasta entonces habían sido poco estudiadas en esa región por los exploradores; la magnitud de la tarea no permitía establecer un orden rígido en su obra, y consideraba que debería dársele primacía a los especímenes más raros e importantes, reservando un índice para incluir la serie de Linneo.

En este orden de ideas parecieron de importancia a Valenzuela tres descubrimientos especiales: una planta que designó con el nombre de su antiguo camarada Rizo, dos nuevas especies de malva que envió a su colega Cabanillas, y una variedad de papa que él descubrió en el abismo de "Malavida".

A fines de 1808 inició Valenzuela su colaboración en el "Semanario" la que fue bien aceptada por los lectores y el mismo director, quien públicamente reconoció la importancia de esos escritos relacionados principalmente con prácticos objetivos de la agricultura. Así, Valenzuela escribió sobre una nueva clase de grama de fácil cultivo, apta para mejoramiento de dehesas y de excelentes calidades nutritivas; aconsejó el cultivo de la caña de azúcar de Otaití por los magníficos resultados que había dado recientemente en el Perú, y así divagaba sobre muchos tópicos de interés general.

Fue constante preocupación de Caldas hacer de su "Semanario" no solo un medio para divulgar las ciencias naturales, la geografía y la medicina; trató siempre de vincular a su hoja los principales valores intelectuales de su época y ampliar la órbita de acción, tales como Valenzuela y Tanco; este último mantuvo una columna bajo el título: "Amigo de los niños", desde la cual se preocupaba por explicar al pueblo el alcance de la instrucción pública conforme a los siguientes lineamientos: "La educación de las masas, pública, gratuita y uniforme, es mi materia: esa fuente de todos los bienes y capacidades que posee un pueblo, y al propio tiempo origen de todos los males y necesidades nacio-

nales. Bien puede preocuparse la filosofía política por encontrar la forma de gobierno más apropiada a la prosperidad de un pueblo; es más importante descubrir el sistema de instrucción primaria para el pueblo. Esto conviene especialmente a nuestro país donde la pobreza aumenta y donde están tan hondamente arraigadas las diferencias de razas y clases. A mediados de 1808 había en la capital una escuela pública sostenida por la Corona. Sucesivamente debió fundarse en cada uno de los barrios de la ciudad a expensas de la comunidad una escuela patriótica, completamente independiente de la Iglesia, bien ventilada exteriormente y bien organizada en su interior; bajo la dirección de un maestro ilustrado nombrado por el concejo de la ciudad, que conociera el carácter de los niños y que particularmente procediera en los castigos con ánimo sereno. El Concejo de Bogotá y no el Gobierno Colonial debería nombrar los directores de la escuela para todas las localidades que no tuvieran aún la institución concejal. Una vez por semana hay un día feriado: en él deberían ir los niños, primeramente a la iglesia para orar y luego a jugar al campo libre. Dicha escuela patriótica dividida en tres clases para tres años, solo debe tener objeto de enseñar a leer, a escribir, a contar, a conocer la biblia y la religión así como la historia de la patria y de la madre España. Lo escrito por los niños y lo leído por los maestros, parece el elemento más importante de instrucción. Dos fiestas escolares trae el año: al principio, la deprecación por los padres, maestros y condiscípulos, y el día de las ánimas, la conmemoración de los muertos”.

Fue don Diego Madrid Tanco el precursor de la educación pública en la Nueva Granada; el artículo transcrito contempla todo un programa de reforma educativa; con los recursos de su elocuencia sabía entusiasmar, como un Fenelón criollo, a sus contemporáneos en grandiosos proyectos; en sus escritos entrelazaba oraciones infantiles y cantos escolares, hacía referencias a espartanos y romanos, y partiendo de lo idealista no olvidaba los menesteres materiales rutinarios, las inspecciones escolares, los informes del director, los materiales de construcción, etc.

Las prédicas de Tanco no fueron desoídas; para satisfacción de Caldas fue su amigo de infancia Antonio Arboleda quien fundó en Popayán la primera escuela patriótica, cuya inauguración se efectuó el 15 de julio de 1809, acontecimiento al que Caldas adjudicó gran importancia nacional, registrándolo en su “Semanario”. Con tal motivo editorializó:

“Las impresiones de la infancia se conservan toda la vida; si estas son buenas, los niños serán unos ciudadanos, unos magistrados incorruptibles, unos ministros del santuario, celosos, puros, desinteresados, buenos padres, buenos esposos, y la patria verá multiplicarse el bien y las virtudes. Si los primeros ejemplos son depravados, no nos admiremos al ver jóvenes viciosos, corrompidos, capaces de todos los atentados contra las costumbres, y que no conocen otro freno que la cadena, el presidio, o el caldoso”.

El hijo del director de la escuela patriótica de Popayán, Vicente Arboleda y Valencia, de 8 años de edad, pronunció en aquel acto escolar un grandilocuente discurso que fácilmente traslucía la asesoría paterna. Su disertación versó sobre Dios, el rey, y la patria; aludió a César, Demóstenes y Homero; se refirió a Babilonia, Grecia y Roma; divagó sobre chinos, árabes, peruanos, hebreos y egipcios, en desconcertante como dudoso alarde de erudición, si se tenía en cuenta que apenas llevaba medio año de escolaridad. Más extraño aún fue que aquel discurso se exaltara como una portentosa alocución de extraordinarias proyecciones, producción de precocidad, y se publicase como premio a su autor, a la genialidad del párvulo orador.

Quizás fue este despliegue de magnanimidad payanesa lo que indujo más tarde al mismo Tanco a escribir contra la influencia del clima sobre la educación de los niños, y recalcar especialmente sobre las primeras inspiraciones de los padres, sobre los moldes hogareños y los sencillísimos símbolos elementales, domésticos.

Caldas se había propuesto como principal objetivo en su “Semanao” estimular la producción científica del país, y pronto principió a cosechar sus frutos; hasta la fundación del periódico las investigaciones giraban en la órbita trazada por Mutis; ahora surgían trabajos de cabezas extrañas a esos círculos capitalinos, de gentes de provincia, como testimonio del interés despertado por el “Semanao” entre sus lectores.

Uno de esos aportes al progreso general de la cultura lo realizó Joaquín Camacho, quien desde su traslado al Socorro permanecía alejado de la cofradía formada en torno a la Casa Botánica; hombre de inquieta inteligencia, publicó en el “Semanao” una descripción de la región de Pamplona bastante desconocida hasta entonces, y una tratando sobre la curación del bocio,

estudio que mereció un comentario del médico José Fernández Madrid, publicado también en el "Semanario", y en el que expresaba su adhesión a las tesis expuestas por Camacho.

En las columnas del "Semanario" muchos hombres de estudio dieron a conocer trabajos sobre muy diferentes temas de innegable interés nacional; así Miguel de Pombo, aficionado a la Casa Botánica, escribió sobre la inculcación de la vacuna antivariolosa; José María Salazar disertó sobre la altiplanicie de Bogotá con oportunas glosas al extravagante escrito de Lebond; Juan Agustín de la Parra discurrió sobre el cultivo del trigo; y José María Campo hizo una descripción topográfica del río Prado, afluente del Magdalena.

También se publicaron artículos sobre aspectos de orden religioso-administrativo, como delimitación de las diócesis, fundación de cementerios, etc.

Todos estos escritos iban acompañados de notas originales de Caldas; otros eran tan extensos que en veces constituían verdaderos tratados.

De importante significación fue un trabajo geográfico producido por José Manuel Restrepo sobre la provincia de Antioquia; este constituyó un aporte básico para el progreso del país, pues en él se anunciaba el prometedor despertar a la vida activa y libre de una comarca habitada por esforzados hombres de trabajo que hasta entonces habían permanecido inactivos en medio de una agreste geografía montañosa. Restrepo destacaba al gobernador Francisco de Ayala como pionero de esa raza y de ese territorio cuyo mapa estaba levantado con anotaciones sobre los tesoros botánicos, pues ya desde 1807 había formado un rico herbario regional. Caldas proyectaba auspiciar la publicación de dos importantes cartas geográficas: la de Restrepo sobre Antioquia y la de la provincia de Cartagena elaborada por el oficial de ingenieros Vicente Talledo.

La actividad publicitaria de Caldas fue múltiple; se preocupó también por las estadísticas, publicó cuadros sobre la mortalidad en Bogotá y otros lugares, sobre el tráfico en la Guaira, Cartagena y Veracruz; sobre la exhalación de miasmas en los hospitales y hospicios, y sobre la exportación de cascarilla por el puerto de Cartagena.

Así el “Semanario” fue una especie de tribuna nacional donde se exponían los trabajos preliminares para la exaltación del necesario conocimiento de la patria, y avivar en los habitantes la conciencia de dignidad del hombre de acuerdo con las exigencias de la vida moderna, con el aporte de silenciosos trabajos como los del viejo Ignacio Caveró en Veracruz, del incansable Manuel Rodríguez Torices en Cartagena, o Juan del Corral, aquel progresista antioqueño, cuyo espíritu emprendedor avisoraba muy útiles reformas.

Esta empresa periodística, al parecer tan sencilla, empleaba muchos obreros por las dificultades que afrontaba en la impresión, en la distribución postal, y aun frente a la censura del gobierno virreinal; especialmente contrariaba a Caldas el carcer en Bogotá de toda clase de instalaciones para producir cuadros y mapas.

Pero a pesar de estas prolijas actividades periodísticas Caldas no descuidaba su observatorio que siempre constituyó el objeto principal de su actividad científica; especialmente grato fue para él recibir en marzo de 1809 orden del virrey solicitándole, en lo sucesivo tres informes anuales sobre sus trabajos astronómicos, oportunidad que aprovechó para sincerarse ante el gobierno colonial.

“Hoy es la primera vez —le contestaba el 1º de julio del mismo año— que me atrevo a hablar de mi tema, ante la primera autoridad del Virreinato”; y aludiendo a su vida anterior expresaba: “Lea Vuestra Excelencia esta fiel exposición de un hombre que hace quince años, no vive sino para el progreso de la Ciencia”.

Poco tiempo después tuvo Caldas la íntima satisfacción de encontrar mejor comprensión oficial para sus actividades astronómicas al ser designado profesor de matemáticas, en el Colegio del Rosario, presentándosele así una oportunidad de hacer una integración docente con el observatorio desde la cátedra que él compartió con Caicedo y Vergara.

Su disertación inaugural fue recibida como un modelo de sencillez y erudición; posteriormente Pombo alude a este discurso como un bien logrado esfuerzo de síntesis expresiva matemática, citándolo, reducido a estas breves palabras: “Señores: el ángulo al centro es duplo del ángulo a la periferia”.

Así los claustros del Rosario, silenciosos y desiertos desde la muerte de Mutis, volvieron a escuchar una voz autorizada y se colmaron de alumnos; pues Caldas fue un profesor integral que supo combinar la docencia con la investigación. Sabía que un maestro de juventudes no podía limitarse a transmitir conocimientos, sino que debía interesar a los alumnos en la investigación, de lo contrario la docencia se tornaría estéril y sin repercusión ilustrativa sobre la sociedad; fue así como supo iniciar a sus alumnos en los trabajos prácticos de la meteorología aprovechando los aportes de otros hombres de ciencia de Cartagena, de Antioquia y de Popayán; con sus discípulos se dedicó sistemáticamente a observaciones atmosféricas en los hospitales y residencias particulares, siguiendo el ejemplo de las investigaciones sanitarias adelantadas anteriormente por Miguel de Isla.

Fue Caldas hijo excepcional de su tiempo; desde niño se distinguió por su admiración a la naturaleza; su vocación investigativa del cosmos había embargado toda su vida anterior, y su nueva actividad ahora en la capital del virreinato era un trasunto de su estudioso pasado; así lo reconocía públicamente en el prefacio.

“Hay —escribía—, tres trabajos principales que reclaman ahora todo mi tiempo: en primer lugar, la colección de las observaciones astronómicas hechas en el virreinato desde 1797 a 1805, junto con las ordenadas recientemente en el Observatorio. Ni inútiles ni extravagantes son las teorías que llenan este voluminoso tomo matemático. La situación geográfica de un gran número de lugares, la posición de las capitales, la longitud de Quito sobre la que dominan tantas dudas, y las distancias respectivas, todo esto constituye materia importante. La Carta Geográfica del Virreinato es todavía imperfecta a pesar de los esfuerzos de La Condamine, Maldonado, Fidalgo, Humboldt y algunos otros; bien sé yo que los competidores han querido amminorar mis trabajos topográficos y aún oigo que los han declarado nulos; pero al mismo tiempo sé también que vivo bajo la protección de un regente que sabe valorar personalmente el mérito de las obras literarias. Ya habría terminado mis colecciones geográficas si hubiera tenido tiempo y tranquilidad para hacer en silencio grandes y difíciles cálculos. En el año de 1808 dediqué algunas semanas a calcular todos los eclipses de la luna, así como los satélites de Júpiter que había observado durante mi viaje a la provincia de Quito, para poder así fijar exactamente la

longitud de aquella capital, base de todas las mensuras hechas hasta ahora en el Sur del país. En mi colección de observaciones astronómicas se encuentra una memoria especial sobre la verdadera longitud de Quito, en la que llego a la conclusión de que nuestros oficiales españoles se aproximaron mucho a la exactitud. Iguales cálculos he hecho respecto de Cuenca, Loja y muchos otros lugares, y solo necesito ahora del apoyo de un soberano ilustrado para llevar a término mis planes geográficos y la admirable construcción de una carta del país.

“En segunda línea está **“Chinchonografía”** o **“Geografía de las quinas”**, según las investigaciones desde el año 1800 hasta hoy. Nada de nomenclatura, nada de pequeñas descripciones, sino una obra útil para el comercio, la agricultura y la medicina; obra que no solo especula en las quinas, sino también respecto del campo en que crecen, del área que ocupan, del límite de su extensión, con expresión de la zona de las distintas clases, su temperatura, su faja vertical, su término inferior y superior, etc., etc. Esta extensa y difícil obra debe resolver una serie de problemas, como por ejemplo: conocido un lugar de quinas, describir la clase que allí crece; o bien, dado un lugar de los Andes, decir si allí puede producirse la quina, o si la cascarilla de ese lugar es utilizable como las demás. Se agregan muchísimas consideraciones excepcionalmente importantes para la economía y para la higiene. Se encontrará, por ejemplo, un tratado pormenorizado y metódico sobre la cuestión de si nuestra quina anaranjada que recibe hasta ahora el rey, es o no idéntica a la quina de Loja. Mi obra, netamente geográfica, corresponde a observaciones astronómicas, a topografías, a mensuras geométricas y barométricas; es de mi exclusiva propiedad puesto que yo comuniqué mis ideas a Mutis, tuve la satisfacción de verlas completamente aprobadas y recibir la orden de que debían ser ejecutados los perfiles y planos geográficos. Cuando mi Maestro me dispensó los últimos auxilios, cuando dispuso para mí un viaje de investigación a las montañas del Quindío, que podía llegar a ser tan importante para el complemento de esa obra geográfica, fue acometido por su última enfermedad. No se prosiguieron los trabajos iniciados y quedaron pendientes los diseños; hoy espero poder hacer el viaje a los Andes del Quindío, el que durará un mes o dos a lo sumo; expedición importantísima para la Geografía de la Quina, para la descripción del Virreinato, para la economía y para la agricultura.

“En tercer lugar, me ocupa una phytografía o geografía de las plantas ecuatoriales, comparada con la producción vegetal de todas las zonas en todo el mundo, y combinada conforme a las medidas y observaciones que se han tomado desde 1800 en la región del Ecuador. Esta obra comprende tres partes: primero, las plantas medicinales ó “Geografía médica de la vegetación”; luego, la de arte y negocio, así como las plantas útiles para nuestro sustento ó “Geografía económica de la vegetación”; finalmente, los productos no conocidos aún como útiles ó “Geografía general del reino vegetal”. A estas secciones antecede como introducción, un tratado sobre los fenómenos naturales, sobre el límite de las nieves perpetuas, el término de crecimiento de las plantas, la influencia de la temperatura y de la electricidad, y muchos otros puntos que se refieren al conocimiento general de la vegetación de nuestro planeta. Este trabajo hizo considerables progresos en los últimos meses, aunque yo reconozco de buen grado que él no está terminado todavía y que le espera en el viaje al Quindío un suplemento para darle fin. Forma un apéndice de esta obra la Carta Geográfica del Reino, en la que, además de encontrarse las localidades, pueblos, ciudades, ríos, colinas y arroyos, se indican las plantas; fuera del dato de los lugares, doy el perfil de las montañas desde 4°, 30° de latitud sur, hasta 4°, 30° de latitud norte; suponiendo que la vista del observador se dilata muchas millas al oeste de una gran cadena de montañas, he representado en mis diseños hacia el Oriente sobre un fondo nebuloso; en dicha carta se reconoce la configuración de los picos más elevados, se indican las poblaciones, las ciudades, los valles y también se encuentran las alturas en que crecen las plantas. Diez y ocho grandes hojas componen esos perfiles, ajustados exactamente a las averiguaciones astronómicas, trigonométricas y barométricas; cada perfil reproduce la topografía de una porción de los Andes, en forma que la reunión de esos diseños presenta una vista de los Andes ecuatoriales, tomada a vuelo de pájaro. Cuando murió Mutis, apenas estaban terminados diez de esos diseños; espero ahora con la protección del Gobierno del Virreinato, la orden de llevar a cabo la obra principiada.

“Estos son los planes en que me ocupo. Pasan aquí mis días en el seno de la tranquilidad en tanto me consagro a asuntos más útiles y de mayor trascendencia para el hombre. En los últimos cuatro meses he estudiado, en altura y latitud, las refracciones astronómicas de nuestro Observatorio, elemento que constituye

notoriamente la cuestión principal de la Astronomía y sobre el que debo suministrar un tratado.

“El rico herbario de la parte meridional del Virreinato, colección que tanto dinero ha costado al Gobierno y a mí tanta fatiga, tanta salud y tan largos viajes, se perdería si el Virrey no evita oportunamente la ruina que lo amenaza; las plantas disecadas, fácilmente destructibles y regalado bocado para los gusanos, se deterioran día por día. El único medio de conservar los conocimientos reunidos, es el diseño; yo no reclamo en manera alguna que se privilegie mi obra con semejante gala, como a la Flora bogotana; su grandiosidad, si permite decirlo, su lujo literario, aprovechan poco y antes retardan el progreso de la ciencia. Pequeñas hojas sencillamente sombreadas, sin minuciosidades, ejecutadas solo al negro, serían suficientes para mis propósitos. Con un solo pintor que se encargara de esta tarea, podría asegurar yo en algunos meses el fruto de mi detallado estudio. Lozano tiene conseguido ya para la sección zoológica un pintor, bien que su campo de acción no ofrece absolutamente la misma ventaja que una flora de Quito. Mutis solo vio 27 plantas de éstas; todas le eran desconocidas y nuevas, de manera que quiso acogerlas en su Flora”.

En el tercer informe trimestral, Caldas comunica que algunos pequeños deseos se le han satisfecho, del pliego de necesidades del observatorio por él formulado, y confía que el supremo gobierno conceda el resto de solicitudes. El 1º de noviembre de 1808 anunció haber logrado continuar las observaciones astronómicas, un tanto obstaculizadas por las fuertes precipitaciones pluviales tan frecuentes por esos meses en la sabana; también hizo entrega de la primera parte de su memoria sobre las refracciones astronómicas de Bogotá, y anuncia que seguirán dos o más entregas sobre esta materia; su escrito está dedicado al virrey a quien denomina “el protector de la astronomía en América”. Caldas aprovechó esta oportunidad para reiterar la necesidad de una exploración al territorio montañoso del Quindío, y advierte que los conflictos ocasionados en la madre patria por la tiranía de Napoleón, podrían complicar la situación financiera del reino y dificultar las erogaciones para esa empresa que él estima como indispensable para complementar las observaciones botánicas iniciadas por su maestro.

No obstante que Mutis en su testamento científico le suprimió a Caldas toda ingerencia en el campo geo-botánico, que había

sido siempre el predilecto del científico criollo, este no se preocupó por continuar sus investigaciones, y logró presentar nueve de los perfiles andinos gracias a la diligente ayuda de uno de los jóvenes artistas del equipo de la expedición; se lamenta no haber podido iniciar la pintura de la flora quitonensia, por cuanto era preciso consultar previamente al director de la sección botánica, y explica:

“Yo hice las descripciones en los bosques de Quito, dibujé las plantas, vivas las conocí en su propio sitio y las disequé; fuera de mí, nadie conoce el herbario de Quito”. Esperaba poder ofrecer al virrey en el transcurso del mes, la primera docena de plantas ecuatoriales recogidas por él desde 1802 hasta 1805.

De la lectura de este informe se evidencia un importante hecho psicológico demostrativo de la falta de maduración cívica en los espíritus selectos nativos de las colonias, ya que aun aquellos criollos independientes ilustrados se inclinaban ante el representante de la corona, y fácilmente pasaban de la cortesía a la adulación.

Con el último informe oficial de Caldas se adjuntó uno de Rizo, que expone el paulatino progreso de los trabajos pictóricos ilustrativos de la obra botánica.

Con fecha 29 de octubre de 1809 Rizo informaba que durante el último trimestre se habían terminado 29 dibujos en blanco y negro, 12 cuadros en colores, y que estaban en proceso de elaboración 15 de la primera clase y uno de la segunda; agregaba que las disecciones estaban consignadas en 19 tablas, y que las láminas para la quinología de Sinforoso Mutis se encontraban terminadas desde hace cuatro meses.

Por aquel tiempo parecía estar próxima la realización de uno de los mejores deseos de Caldas y Zea, cual era la fundación de un laboratorio químico; buen augurio para esta empresa era la presencia en Bogotá de José María Cabal, quien acababa de regresar de Europa donde se había dedicado por nueve años al estudio de las ciencias naturales a expensas de su tío Miguel. A más de sus conocimientos, traía Cabal preciosos libros modernos, y algunas importantes plantas asiáticas destinadas al proyectado Jardín Botánico de Bogotá.

Caldas, incansable y múltiple, aprovechó esta oportunidad para escribir un artículo de fondo sobre la importancia de la

química al servicio del estudio de los minerales preciosos que yacen en el subsuelo esperando la explotación que colocaría al país entre los pueblos más prósperos del globo.

“La química —afirmaba— es de primera necesidad para las investigaciones naturales: nuestro país está lleno de minas metálicas, lleno de los más interesantes productos del reino vegetal, de casi todos los tesoros de la naturaleza; nosotros podríamos ser el primer pueblo de Suramérica, si supiéramos apreciar estas riquezas, si comprendiéramos las ventajas que podríamos sacar de tan valiosas dádivas. Rodeados de esmeraldas y amatistas, de mercurio y platino, de hierro, cobre y plomo, pisando sobre oro y plata, vivimos pobres en el seno de la riqueza, porque no conocemos nuestros tesoros. Cabal principiará su análisis y escudriñará nuestro suelo, se enviarán muestras de metales, de piedras y arcillas a Bogotá, donde serán elaboradas químicamente por él; nuestro “Semanario” publicará los resultados; los materiales serán ordenados metódicamente y formarán un museo propio en el que pueda estudiar la juventud”.

Algunos allegados a los círculos de la Expedición Botánica consideraban a Sinforoso como el heredero predilecto de Mutis, a quien el pariente había dejado “mejorado” en su herencia intelectual, y deducía cierta rivalidad entre él y Caldas, pero en el noble corazón del botánico payanés no había espacio para cosas mesquinas, y para desvirtuar esas especies declaró en su “Semanario”, el 25 de febrero de 1810 que Sinforoso Mutis había correspondido completamente a los deseos de su tío, y satisfecho completamente las esperanzas del gobierno, sin defraudar el delicado encargo de la publicación de la flora, ya que ahora existían muy fundadas perspectivas para la edición, no obstante las enormes dificultades que habría que vencer. En realidad dificultaban la impresión la multitud de modelos de plantas, la magnitud del herbario, la extensión de notas manuscritas en desorden, y la falta de los recientes escritos botánicos.

Su pronta publicación se imponía no solo por la general expectativa reinante entre los intelectuales ávidos de conocer la clásica obra, sino también por cuanto esta dilación iba resultando perjudicial a la integridad y originalidad de la misma, pues los promotores de las floras del Perú y México se habían apropiado ya una parte de los valiosos aportes de Mutis, y ya habían visto la luz pública los estudios de Joaquín Née, Haenke y Humboldt. Por otra parte, varios descubrimientos pertenecientes a la em-

presa de Mutis habían caído en manos extrañas que al darlos a la publicidad aparecieron desfigurados bien por ligereza o por exageración.

Con sobrada razón escribió Caldas alarmado: "Debe, pues, aparecer el proemio de la flora bogotana para asegurar las especies que con tan indecible perseverancia descubrió Mutis, y para fijar una barrera a las pillerías de los extranjeros en la jurisdicción de nuestra flora nacional. La colección que traje de Quito debe ser dibujada también por el artista de la expedición y publicada luego por mí, según orden reciente del Virrey; para esto seguiré el ejemplo de Sinforoso en cuanto parezca digno de imitarse".

El 9 de marzo de 1810 tuvo Caldas la satisfacción de entregar al virrey el primer cuaderno de sus memorias, las que se publicarían por entregas mensuales como continuación del "Semanario", cuya financiación se dificultaba más y más.

Quien solo conocía estos pacíficos y continuos trabajos científicos, podía creer que ese pueblo perduraría, más animado y con mayores aspiraciones, en la antigua y rutinaria vida colonial; nada hacía presentir al desprevenido espectador de estas actividades, los graves acontecimientos que se aproximaban, pues en realidad la tranquilidad ya no existía.

El eclipse que el 2 de diciembre de 1809 oscureció a Bogotá, se interpretó como presagio de futuras tormentas tanto en la capital como en Pasto, Popayán, Neiva, Tunja, Santa Marta y otros lugares; a este fenómeno físico, en cuyo estudio se ocupó Caldas tantas veces, atribuyó el pueblo medroso significado; ese disco solar, sin luz y sin calor, sugirió en el alma popular la aprensión de un agitado nuevo tiempo, un tiempo de difíciles y sangrientas luchas.

CAPITULO VI

ASPIRACIONES CIENTIFICAS Y VIDA POLITICA

El 25 de mayo de 1810 atracaba al puerto fortificado de Cartagena de Indias un barco español que traía a bordo dos figuras destinadas a desempeñar papel importante en los acontecimientos políticos del inmediato futuro colonial, a saber: An-

tonio Villavicencio y Carlos Montúfar, compañero que fue del barón von Humboldt en su viaje por México. Ambos pasajeros procedían de España como delegados de la nueva regencia que en nombre del rey Fernando había disuelto el anterior gobierno peninsular subrogándose sus funciones, y trataba de organizar más vigorosamente la resistencia a la dominación ejercida por los franceses, para lo cual buscaba apoyo político en los dominios de ultramar.

Mucho esperaba la regencia de la actuación de estos dos emisarios, pues los intentos hechos anteriormente para vigorizar los nexos con Suramérica concediendo oficialmente voz y voto en su seno a los diputados americanos, habían tenido poco éxito por la indiferencia con que la población colonial miraba aquellos nuevos movimientos políticos de España. Tan manifiesto era el desdén, que ni el diputado por la Nueva Granada, mariscal Antonio Narváez, de Cartagena, había atendido la llamada de regresar a la madre patria.

La regencia residente en Cádiz, al convocar las cortes asignó 26 plazas para los diputados suramericanos, pero en vista del ausentismo determinó provisionalmente nombrar diputados suplentes entre los colonos residentes en Europa y obviar así la dificultad proveniente de la morosidad para efectuar las elecciones en las colonias. En tal virtud fueron designados Domingo Caicedo Sanz, por Bogotá, y José Mejía por Quito, como representantes de la Nueva Granada.

Villavicencio y Montúfar traían como misión fomentar el continuismo político y sugerir lo procedente en América; fueron en realidad recibidos con vivas manifestaciones de patriotismo, pero ya los ánimos conmocionados en la Nueva Granada habían tomado rumbo diferente al previsto por España; las fuerzas vivas criollas con excepción de una parte del clero, se compactaban en fuerte oposición contra todos los gobernantes europeos, y así la autoridad de la burocracia venida de la metrópoli declinaba a medida que se menguaba el prestigio de la institución real.

Los magistrados del reino, lejos de cooperar en suavizar los ánimos, continuaban con la antigua aversión, sosteniendo un régimen de país enemigo invadido. Las medidas adoptadas por el virrey en Santa Fe, tan pronto abandonó el país aquel capitán de fragata, Llorente, contribuyeron a la exacerbación de las masas; los hijos del país que estaban investidos de altas posiciones

en el gobierno colonial, fueron depuestos sin explicación alguna, tanto en la capital como en las provincias. Una de las figuras más destacadas, don Antonio Nariño, fue la primera víctima de la saña gubernamental, al ser remitido con las seguridades del caso a Cartagena, y ahí radicado para que no pudiera causar daño en la opinión de la tiranizada patria; se ordenó decomisar la obra de Robertson sobre la historia de América, por considerar su lectura peligrosa políticamente; se le prohibió al Consulado de Cartagena permitir la introducción de toda clase de impresos, implantándose así prácticamente una censura a la opinión exterior. La vida de relación en el interior fue motivo de gran vigilancia; la policía y el control de tránsito procedían en forma muy rigurosa identificando a las personas y exigiendo en cada momento credenciales.

La situación era tan tiránica que sin estar turbado el orden público existía prácticamente la ley marcial; un movimiento popular de protesta estallado en Quito, auspiciado por destacadas personalidades como el padre del delegado real Montúfar, fue debelado en poco tiempo a sangre y fuego por los españoles y simpatizantes criollos.

Los delegados de la nueva regencia, Villavicencio y Montúfar, al arribar a las playas americanas encontraron, naturalmente, los ánimos caldeados; cundía la idea de establecer en cada una de las naciones hispanoamericanas de la corona española su propia autoridad con un sistema de gobierno autónomo al estilo de la Metrópoli.

Se enteraron en Cartagena que el 19 de abril se había intentado en Caracas establecer —motu proprio— en nombre del rey, un gobierno autónomo; conocieron también los resultados de un movimiento similar como reacción de la voluntad popular contra el poder absoluto del gobernador Francisco Montes, propiciado por los mismos ediles, salvo dos que se mantuvieron fieles al régimen.

Las adversas circunstancias reinantes no fueron obstáculo para que los delegados iniciasen diplomáticamente las funciones de su cargo: Villavicencio tomó la vía fluvial del Magdalena rumbo a Bogotá, y Montúfar se dirigió apresuradamente a Quito para oponerse enérgicamente, en nombre de la regencia, a las extralimitaciones de los españoles cuyas consecuencias sufría su padre como caudillo de la oposición.

En Bogotá las cosas marchaban algo diferente; el Concejo de la ciudad se había convertido en el punto central del nuevo movimiento; el virrey, digno de la confianza ciudadana, pero incapaz para actuar, permanecía ajeno a las agitadas deliberaciones del cabildo, indiferente con las gestiones de su cargo y los intereses a él encomendados, y de espaldas a los sucesos políticos regionales.

Ya en septiembre de 1809 aquella representación municipal, había promovido mítines populares para poner en consideración plebiscitaria un memorial que debía enviarse a España reclamando mayor influencia para los países americanos en las nuevas Cortes; en todas partes del territorio colonial se discutía en forma casi pública sobre las reformas deseables y necesarias, y se llegó inclusive a deliberaciones secretas de los líderes populares, para implantar autoridades propias.

Tras largos debates se convino instaurar en Bogotá un régimen autónomo sin contar con la aquiescencia del virrey; para lograrlo se suscitó un mitin de las fuerzas vivas capitalinas ante el concejo de la ciudad, precisamente el día en que se esperaba a Villavicencio. En el éxito de este plan se comprometieron personalidades como Camilo Torres, Miguel Pei, José María Lozano, José Sáenz de Santamaría, Joaquín Camacho, los miembros de las familias Gutiérrez, Caicedo y Camacho; contaba también con el apoyo decidido de los colaboradores de la Casa Botánica: Jorge Tadeo Lozano, Sinforoso Mutis, José María Carbonell, Francisco José de Caldas y gran número de ciudadanos distinguidos de la capital.

Gran fuerza ganó este movimiento con la propalación de la especie de que Villavicencio era portador de la destitución del virrey, y que el sucesor sería el americano Francisco Javier Vaneegas. La consigna patriótica traspasó los linderos capitalinos, extendiéndose en el interior en idéntica forma y vigor; como respaldo de las provincias se efectuaron reuniones hostiles a los españoles, el 4 de junio en Pamplona y el 10 de julio en el Socorro.

Caldas se consagró con ardiente entusiasmo a la preparación de los planes subversivos pero con sentido de responsabilidad, y aunque en Bogotá reinaba bastante cordura política para evitar toda precipitud, la culminación ocurrió accidentalmente la víspera de la llegada de Villavicencio.



**Parte superior de la estatua del Sabio Mártir,
en Popayán y en Bogotá.**

En la mañana del 20 de julio de 1810, con motivo de la consecución de un florero para colocar un ramo que debía lucir en la mesa principal de la prevista recepción a Villavicencio, se suscitó un cambio de palabras entre un criollo y un español que degeneró en agrio altercado dada la exaltación política reinante. Por ser casualmente día de mercado se formó en torno a los contrincantes gran tumulto que rápidamente asumió grandes proporciones; las primeras medidas tomadas por la autoridad motivaron una reunión popular en la plaza principal, contigua al escenario de los acontecimientos; el pueblo exigió de inmediato la convocatoria extraordinaria del concejo, deseo que fue satisfecho prontamente.

La sesión, en la que tomaron parte no solo los ediles permanentes, sino los hombres de confianza, nombrados como voceros en esas circunstancias excepcionales, fue abierta oficialmente por el representante del virrey, Juan Jurado, para dar sensación de tolerancia gubernamental y tratar de apaciguar los ánimos, sin resultado práctico porque la reunión se clausuró entre protestas, tras vehementes discusiones para que se instalara aquel anhelado comité de gobierno presidido por el virrey.

De inmediato estos acontecimientos no produjeron ningún movimiento revolucionario, aunque el ambiente era tempestuoso dentro y fuera del recinto; con todo, se tomaron dos determinaciones importantes: la primera, desconocer a la autoridad nacional española de Cádiz el derecho a representar la Corona en ultramar en circunstancias tan anormales; en segundo lugar se conquistó para los colonos la necesaria participación en el gobierno en defensa de los intereses populares.

Con el logro de estas prerrogativas se presentaron demostraciones tumultuarias, pero pronto se calmaron los espíritus exaltados y no se derramó una gota de sangre ni se violentó ninguna autoridad.

Significativo de este movimiento fue el hecho de que sus principales promotores eran personalidades responsables, elementos serenos que convencidos de la justicia de la causa no dudaron en tomar posiciones de avanzada, donde figuraban juristas, profesores y naturalistas; supieron ellos encauzar las masas inspirados en los ideales de la revolución francesa, al mismo tiempo que se adoptaban posturas tribunicias evocadoras de los antiguos patricios romanos, ejemplos que aún perduraban en el imperio napoleónico.

La odiosidad popular se pronunció en Bogotá contra los miembros de la corte del virreinato, quienes en verdad se habían granjeado la indignación general; pero mayor resentimiento reinaba contra la soldadesca cada vez más intolerante y vil, envalentonada bajo Mendinueta y Amar, y que constituía por el momento el único poder temible en la ciudad.

Los ánimos parecían sosegarse, pero un acto de violencia oficial produjo nueva exacerbación, esta vez con caracteres de mayor seriedad; fue la noticia llegada de Quito de que el cruel presidente, quebrantando su palabra había procedido violentamente contra más de setenta personas. Fue esta la chispa que inflamó en todo el país, y especialmente en Bogotá la ira implacable contra el sistema de gobierno antiamericano.

El virrey, amenazado desde España por su inactividad, dejó agravar la situación hasta el punto de que el 25 de julio se le redujo a prisión por orden del mismo comité que él debía presidir; como reacción ante la ilegalidad se hicieron quemar en la plaza pública por mano del verdugo los documentos sobre el proceso de alta traición de Quito; y en conclusión, los miembros de la corte del virreinato se vieron obligados a marchar a Cartagena para abandonar el país.

Así se constituyeron en América, con bastante rapidez gobiernos de hecho, independientes de España, que en un principio fueron acatados provisionalmente por las autoridades subalternas; inclusive en la capital ofrecieron homenaje a los nuevos poderes lo más saliente de las antiguas autoridades y principalmente el comandante de la plaza, Juan Sámano.

Sinforoso Mutis, quien ya había figurado entre los miembros de confianza del concejo, pertenecía al triunvirato del nuevo gobierno, y asumió desde un principio el control de la policía y del régimen administrativo interno. Hombre de acción, sin pérdida de tiempo promulgó con sus dos colegas el 29 de julio una apelación general a la diputación de todas las provincias de la Nueva Granada para formar las cortes constituyentes que se reunirían en la capital del virreinato con el fin de acordar la mejor forma de gobierno provisorio, hecho reafirmativo del principio de soberanía y libre determinación del pueblo.

Pero el sobrino del antiguo botánico real, a pesar de estas patrióticas ejecutorias, no inspiraba suficiente confianza a los representantes de la corriente democrática cada vez más radical.

Ante estas suspicacias, Caldas no podía permanecer indiferente frente a su colega y camarada; en su defensa, recordando acontecimientos de 1794 y su prisión en Europa, escribió: “Tal vez se ha creído que Sinforoso por su calidad de miembro de la Casa Botánica, haya estado ligado a la antigua constitución; sin embargo, nada es tan fácil de desarraigar como las convicciones, principalmente cuando ellas no proceden al propio tiempo del corazón y de la inteligencia. Caldas testifica que el americano Mutis está decidido a ofrecer aun los mayores sacrificios por la libertad de su patria”.

Esta gallarda declaración en favor de un científico y patriota fue publicada en el “Diario Político de Santa Fe de Bogotá”, órgano del nuevo gobierno, cuyo director era el mismo Caldas, al que dio una orientación diferente a la del “Semanario”. Se imponía la necesidad de que el nuevo régimen tuviese una tribuna para dar a conocer a la comunidad todos los actos gubernamentales y las orientaciones políticas; la personalidad más indicada para su dirección era el fundador y redactor del “Semanario de la Nueva Granada”, en receso por las circunstancias anormales del momento. La actividad editora y el contenido ideológico que el estudioso de astros y plantas logró imprimirle a este periódico de aparición trimestral, ponía en olvido al naturalista apasionado cultivador de sus intereses científicos, y revelaba un nuevo Caldas, inflamado en ideal patriotismo, autor —ahora— de inspirados y arrebatadores escritos.

El primer editorial de la pluma del botánico —entregado ahora a la causa de la libertad— apareció el 27 de agosto; era una vibrante apología de la dignidad del hombre, que terminaba con esta clara amonestación: “Ya podemos hablar de libertad o de independencia; ayer no más eran estas frutas prohibidas, hoy son consolación y ventura. ¿Pero qué es la libertad? Seamos esclavos de la ley para ser libres. Nuestros pueblos, amenazados hasta ayer por las bayonetas y cañones, respiran ya bajo un gobierno benigno que ellos mismos han constituido para que prosperen el comercio, la agricultura y el arte; para que el progreso y la paz sean el fundamento de nuestra vida y para que si algún día huella Fernando VII nuestra patria, nos encuentre como pueblo digno de sus hombres, poderoso y feliz”.

Evocando el movimiento del 20 de julio como precursor de mejores días escribió en otro editorial: “La aurora del 21 vio constituídas las autoridades superiores del gobierno de Nueva

Granada, las vio reconocidas por el pueblo que las había creado, por el clero, por las comunidades religiosas, por la tropa y por las autoridades judiciales. Por primera vez fue quebrantada la soberbia de los consejos extranjeros, de esas abominables satrapías; la dominación de trescientos años tuvo que doblar la rodilla y jurar sumisión y obediencia a una autoridad formada por los americanos tan odiados poco antes. ¡Gran Dios! ¿Cómo reconocer suficientemente estos favores de tu bondad? Nos has salvado de las manos de nuestros enemigos; sálvanos ahora de nuestras pasiones. Inspíranos la benignidad, la templanza, la prudencia y todas las virtudes. Tranquiliza nuestros ánimos, unifica las provincias, fórma un reino neogranadino en el que podamos adorarte, entonar tus alabanzas y ofrecerte el sacrificio de nuestros corazones”.

Muchos de los más fogosos escritos de esta nueva hoja periodística eran de la pluma de Caldas, y tenían la misma elevación de miras que aquel himno a la libertad y plegaria al Altísimo por el futuro de la patria, que hemos transcrito, pues la idea fundamental del autor era idealizar el movimiento popular y salvarlo de la anarquía. Su escrito sobre los asesinatos cometidos por la soldadesca española en Quito, arrebató las mentes de las masas en un solo clamor por la justicia para con los inocentes, y explosiones de ira contra los potentados violentos.

El esfuerzo político general y la tarea de elaborar precipitadamente una constitución absorbió la actividad de los más prominentes hombres del país; los colaboradores de la Casa Botánica, con Mutis y Carbonel a la cabeza, se entregaron por entero al proceso revolucionario; Caldas, que ocupaba puesto de avanzada, concentró su atención en alentar y orientar desde la “Gaceta” la opinión general, sin descuidar sus faenas científicas; sus **Memorias** salían a la luz pública con mucha irregularidad, pues a más del desorden reinante, la imprenta oficial, a la que ahora se llamaba “Patriótica”, y no “Real” como antes, estaba copada de trabajo, y fue reorganizada al modo de las publicaciones estadounidenses.

A pesar de sus múltiples ocupaciones patrióticas, Caldas procuraba salvar su vocación científica: sacaba tiempo para proseguir sus observaciones astronómicas; logró calcular para diversos lugares del territorio el eclipse solar del 28 de septiembre de 1810, y continuó fiel a su misión de aplicar los conocimientos a conclusiones de utilidad general. Precisamente aquel 28 de

septiembre anunció públicamente: “El número 7º de mis **Memorias** tratará de la agricultura de nuestra patria; el número 8º de la minería; el número 9º del comercio; el número 10º de la población; el número 11º del cultivo del tabaco; el número 12º de las siembras. Todos estos trabajos están terminados y solo esperan la mano del cajista”.

Simultáneamente con el anuncio del plan de sus publicaciones Caldas iniciaba la elaboración de un calendario de la Nueva Granada para el año de 1311; se trataba de un sencillo folleto que revelaba, a pesar de su brevedad, un gran esfuerzo de indiscutible aspiración, así como un buen principio para obra de mayores proporciones. Sobre el particular exponía: “Muchos de los datos astronómicos que contiene este documento puede continuarlos también un hombre no versado en astronomía y contribuir con ellos al progreso de la ciencia y al perfeccionamiento de nuestra geografía. Quiera Dios que esta guía induzca a alguno a hacer observaciones y que decida a los gobiernos de Cartagena y Caracas a dar a los pilotos y a los ingenieros de sus puertos comisiones tendientes a ello. Este sería el camino de salvar nuestros conocimientos nacionales de su actual oscuridad. Es tiempo de abandonar nuestro letargo y de reunir las cartas de nuestras observaciones. ¿Esperaremos que hasta geográficamente mida Europa nuestra patria? ¿Y que así la descubra por segunda vez? Hemos alejado la tutela política de Europa, ahora es preciso extinguir también la intelectual. Fundemos escuelas de matemáticas, levantemos un templo a Urania que provoque la envidia de Europa”.

Así entendía Caldas la independencia, una redención integral, política, económica y espiritual, y estimulaba en todo tiempo el trabajo intelectual productivo; desgraciadamente por falta de suscriptores no pudo ser publicada la parte científica de su almanaque. Lo adicionó, eso sí, con las tablas cronológicas contentivas de datos sobre fundación del observatorio astronómico de Bogotá, sobre el supuesto descubrimiento de los planetas “Olvers” y “Hércules”, y muchas otras fechas importantes. En su conjunto esta obra de Caldas es una admirable integración astronómica del año eclesiástico.

El director del observatorio podía dedicarse tranquilo a tan prolijos trabajos científicos, porque, a pesar de los acontecimientos del 20 de julio y de su consagración a la nueva causa, en Bogotá todo transcurría aparentemente como antes; en América

Latina se tenía la impresión de que entre la madre patria y la colonia se había abierto un abismo insondable; nada hacía prever la inminente tormenta que se avecinaba; tan confiado encontrábase Caldas de poder publicar sus últimas observaciones astronómicas, que dióse a gestionar la adquisición de una prensa en Norteamérica tal como lo había prometido al virrey.

Pero el destino le tenía trazada su ruta, y Caldas, poco dado a la sentimentalidad, miraba tranquilo el porvenir, decidido a buscar fiel compañera para formar su hogar; su actividad científica no se compadecía con la distracción romántica, ni le permitía tiempo para amoríos, optando por confiar a terceras personas la elección de su futura esposa. Conocedor del matronal ambiente de su ciudad natal, donde se aunaban linaje y virtudes hogareñas, resolvió escribirle a un amigo de infancia de Popayán solicitándole la difícil cuanto delicada tarea de seleccionar su cónyuge. Agustín de Baraón recomendole a su prima María Manuela, describiéndola con todos sus caracteres; Caldas aceptó de inmediato la candidata, y no pudiendo trasladarse al Cauca para conocerla y desposarla, envió poder a su fiel amigo y pariente Antonio Arboleda, para el matrimonio (26).

Su vida conyugal no alteró el ritmo de sus actividades encaminadas, por ese entonces, a alternar la política con la ciencia, como se deduce del siguiente escrito:

“Han transcurrido treinta años desde que el misterioso y confiado gabinete de Madrid cambió completamente su conducta considerada y recelosa hasta el extremo con las posesiones americanas. Aunque se prohibían los escritos de Raynal, se toleraba no obstante que se reprodujera e imprimiera la obra de Molina, y periódico como “El Mercurio”, peruano, hacía frente sin obstáculo. Eslava pudo publicar su “Viajero Universal” en que trataba frecuentemente de minería y de comercio, del porvenir de las colonias y de otras cuestiones semejantes. No contenta con esto, alzó tanto su vuelo la corte española, que se jactaba de descubrir al mundo el secreto de su dominación; se armaron escuadras para escudriñar las costas del vasto imperio y dar a la publicidad sin reparo alguno los resultados de las observaciones; se olvidó completamente la emulación contra los extranjeros y se abrió el país a la curiosidad de los viajeros que querían ilustrar la geografía e indagar las relaciones políticas y económicas. Entonces vino a nosotros Alejandro Humboldt, el barón prusiano tan conocido en el mundo científico, quien ha

publicado ahora una obra de importancia. Relata cómo se ha levantado en todas las capitales de América el espíritu de la ciencia; en Lima y Quito, en Bogotá y en México nuestra juventud tiene gusto para aprender y energía para ilustrarse más; la luz del espíritu no ha sido opacada por el despotismo. En efecto, vanamente ha intentado el gobierno español deprimir los rápidos progresos de los talentos suramericanos; en vano se ha eliminado entre nosotros la instrucción en derecho público por inútil; en vano ha consentido el virrey Espeleta aliado con un prelado, por otra parte muy honorable, en remplazar la física y las matemáticas por la estulticia de los peripatéticos; en vano se han preparado obstáculos a la “Sociedad de amigos” existente aquí y se ha disuelto en Quito la “Escuela de la Concordia”; en vano fue suprimida en Popayán la cátedra pública de jurisprudencia. Se azotó con hierro a los jóvenes que se empeñaban hacia adelante y se prohibió todo libro político; en vano quiso España sostener el vasallaje por la falta de ilustración. Nuestra instrucción estaba restringida a los principios fundamentales de la doctrina cristiana, a la moral rústica y a la simplicidad escolástica; pero cada prohibición del gobierno incitaba a los espíritus mucho más. Aumentó el esmero con que los padres cuidaban sobre la educación de sus hijos; si la juventud no aprendía ya en las escuelas, en cambio estudiaba después física y matemáticas en el hogar o en el círculo de los amigos; se leían oradores, poetas y aun estadistas. El estudio delataba el abatimiento en que se había tenido al pueblo en medio de un gobierno temeroso de la luz y adverso al progreso. Nuestra ilustración actual es la obra de esfuerzos privados, el resultado de una labor de aislados”.

“Aunque si bien en los últimos 25 años las ciencias prácticas han hecho muchos progresos debemos convenir sin embargo en que están todavía muy atrasadas. Confiamos en una nueva organización de la instrucción pública, en el libre desarrollo de la prensa, en el apoyo por parte del Estado a los institutos científicos, a las reformas que nos pongan en situación de no envidiar a la soberbia España y de poder emprender en las mismas investigaciones que Humboldt ha preparado relativamente a México”.

“La carga más pesada que hubo de soportar América durante el yugo español, fue la prohibición del libre comercio con todos los pueblos. ¿Sabía España de la pereza y de la ignorancia de sus fabricantes nacionales? ¿Qué derecho tenía esta nación sin elementos, ni máquinas, ni industria, ni ciencia para apropiarse

el monopolio del comercio con nuestra América? España fue el último país del mundo que osó reclamar semejante privilegio”.

“La obra de Humboldt está llena de datos importantes. Se demuestra allí que América es más rica en mercurio de lo que se ha creído; este mineral nos es indispensable para la separación de los metales. Mutis tenía muestras de una mina de cinabrio compactado, situada cerca de Ibagué y yo poseo muestras de una de igual clase ubicada en la provincia de Antioquia. Dice Humboldt más adelante que la sanidad o insalubridad de una región tropical depende más de la sequedad del aire que de otras influencias. En Nueva Granada encontramos confirmado este principio pues los bosques de Naynas y las estepas del bajo Orinoco ardientes e inundadas por las aguas son malsanas, así como las pampas de Guayaquil y todo el litoral desde Cumday hasta Veraguas en el Océano Pacífico, y desde Chiriquí hasta Maracaibo en el Atlántico. Los valles del interior son también insalubres según el grado de calor y humedad; el valle del río Magdalena es muy ardiente casi desde su principio hasta su terminación en las playas del mar, pero es sano hasta Honda donde comienzan los bosques y pantanos. El valle del Cauca igualmente ardiente, es más sano hasta el tercer grado de latitud, pues como las aguas corren lentamente y se bifurcan luego, inundan el campo e impregnan el aire de humedad. Cuando hayan avanzado nuestros principios políticos podremos determinar el grado de sanidad o insanidad de todas las regiones de Nueva Granada según los cálculos de Humboldt; hoy faltan todavía los datos que pudieran suministrarnos los curas, diciendo fácilmente “aquí viven tantos hombres y de tal manera; o nacido este número; han muerto tantos”. Tales cifras serían de utilidad en el censo anual para el filósofo, para el estadista, para el gobierno y para la patria. Habla después Humboldt de la desproporción entre el número de hombres y mujeres; en Popayán están éstas respecto de aquellos en proporción de tres por dos; los nacimientos son a las defunciones como ciento treinta a cien, y los matrimonios al total de la población como diez a ciento catorce”.

Poco tiempo después de la publicación de este artículo que enfocaba todo un ambicioso plan de higiene y prosperidad, se discontinuaron las memorias de Caldas por falta de colaboración; estas publicaciones constituían la continuación del “Semanario”; las circunstancias de la época habían dado al traste con esta gran obra publicitaria y de difusión ideológica, tan pulcramente sostenida por sus orientadores.

El interesante manuscrito de Pedro Fermín de Vargas titulado **Mis sueños**, que trataba sobre agricultura, el comercio, la minería y la demografía del país, remitido por el autor para su publicación, ya no logró ver la luz pública, pero se retuvo por ser digno de una publicación especial. Vargas, quien a la sazón se encontraba en Jamaica, donde su mujer se había divorciado, siguió a España para intervenir activamente en los círculos pro americanos, sorprendiéndole la muerte cuando preparaba regreso a su suelo natal.

Con la suspensión de las labores periodísticas se frustraron también otras esperanzas científicas; así por ejemplo, las muy grandes que Zea había cifrado en los conocimientos geológicos de Enrique Umaña. Este ponderado elemento de la intelectualidad criolla hubo de abandonar de nuevo, a Bogotá en 1807 para trasladarse a París a perfeccionar sus conocimientos. De regreso en la primavera de 1809 con su familia, ni las instancias de sus amigos, ni el muy animado espíritu de su esposa lograron decidirlo a dedicarse a la ciencia con la energía y la persistencia que eran de esperarse de su preparación y avidez; prefirió aceptar la administración de la Salina de Zipaquirá, donde permaneció inactivo por incrementar la producción de la mina, cohibido un tanto por la agitada situación, hasta 1812.

También los prolegómenos separatistas alejaron de las faenas científicas a personalidades como José Mejía, diputado neogranadino a las Cortes Españolas, quien figuró entre los promotores de la Constitución del Nuevo Reino, documento fechado el 18 de marzo de 1812; extrañado voluntariamente, no regresó más a su patria.

Joaquín Camacho y Miguel Pombo, cuyos principales intereses obedecían a la jurisprudencia y a la economía política, abandonaron sus estudios y aficiones desde el reciente movimiento y se consagraron casi exclusivamente a la organización de la nueva nacionalidad en la que ocupaban prominentes posiciones oficiales.

Lozano se había comprometido en los asuntos políticos más a fondo que todos los demás colegas del círculo de Mutis, pues aunque no estuvo en contacto inmediato con el comité del gobierno de 1810, era uno de los dirigentes de Bogotá. Como antiguo ex-oficial de las tropas españolas trató, ante todo, de organizar un ejército regular, labor bastante difícil al principio, pero

en la que contó con la ayuda de José de Leyva, antiguo empleado oficial de la Casa Botánica.

La falta de madurez política de un pueblo tal vez precozmente deseoso de independencia, se revelaba en las acciones políticas que bajo las ideas federativas se observaban en todas partes; el país, desorganizado por el desgobierno español, podría pasar fácilmente a la anarquía por no estar acostumbrado a régimen propio ni a unidad de mando. Sobre este subfondo de discordias no pudo reunirse el Congreso de las veintidós provincias, convocado para fines de 1810; cada población más o menos importante quería ser capital de un Estado independiente de los vecinos, y estar en libre relación con España; todo aquel que se consideraba con alguna preparación intelectual pretendía colocarse a la cabeza de sus conciudadanos para gobernarlos.

Ante el caos general se fueron formando paulatinamente dos corrientes opuestas en orientaciones. Antonio Nariño, recientemente escapado de la prisión de Cartagena, hizo su reaparición en Bogotá resuelto a intervenir activamente en el escenario de emancipación; prontamente se colocó a la vanguardia del partido político que proponía el sistema federativo orientado conforme al modelo francés, pretendiendo así consolidar la continuación "en nueva forma" libre del antiguo y en apariencia armónico sistema de gobierno del poderoso imperio; los opositores consideraban que las pretenciones del caudillo Nariño no eran otra cosa que un disfraz de la dictadura del virreinato con atuendos y accesorios democráticos. A pesar de sus detractores, el partido de Nariño logró imponerse aparentemente al encontrar en la conciencia ciudadana capitalista un relativo apoyo de innegable peligrosidad.

En forma más cuidadosa y positiva se pusieron a la obra los otros partidos de oposición, cuyos programas eran en favor de la autonomía de las provincias pero asegurando la unidad nacional, inspirados en el régimen de los Estados Unidos de Norteamérica donde el movimiento independiente culminó años antes de manera satisfactoria.

Este modelo parecía aprovechable, pero se le formulaban serias reservas, pues no se olvidaba que Norteamérica tenía ya organizada su nacionalidad cuando se separó de la madre patria inglesa; allá se trataba de un pueblo templado y amalgamado en el fuego de una formidable guerra civil previa; fundido en el crisol de las escisiones; al paso que en Suramérica apenas

existían en embrión los principios teóricos de aquel sistema, y la sangre de hermanos no había enseñado aún cuán difícil era obtener la unidad nacional para fundar un nuevo Estado.

Fue Jorge Tadeo Lozano, quien, con agudeza política, por primera vez dirigió la mirada hacia el gran vecino del norte, cuya unidad política floreció tan envidiablemente bajo las presidencias de Thomas Jefferson y James Madison. Lozano, estudioso del momento político y sus implicaciones, anhelaba implantar en su patria una confederación similar por considerarla la más conveniente a la idiosincracia de su pueblo.

Gracias a su tenacidad ideológica fue Lozano el verdadero autor de la Constitución del 5 de abril de 1811 que rigió la administración interna del Estado por él mismo llamado Cundinamarca, nombre ya consagrado por la inconclusa obra de Mutis, de su flora.

Este proyecto de constitución desencadenó en Bogotá acaloradísimas discusiones; el reducido ambiente de la ciudad y la falta de experiencia política ciudadana no permitían el libre desarrollo de los principios que se trataba de implantar; todo hombre independiente se creía en capacidad de opinar con autoridad y encontraba a cada paso un enardecido contendor. La envidia, el odio, la pasión, la difamación se aunaron para envenenar de sectarismo la vida de la joven libertad; diferencias de partidos más encarnizadas aún que en los Estados Unidos despedazaban hasta las más probadas amistades, y la calumnia personal se mezclaba lastimosamente con las cuestiones cotidianas.

Caldas que pertenecía al partido de Lozano no era hombre de semejantes ruindades; perplejo ante la descomposición social, no pudo mantenerse indemne ante el vendaval político que lo arrollaba en su vaivén impidiéndole continuar tranquilo su sendero. Pero no podía permanecer indiferente y rebelándose contra esas turbulencias políticas que amenazaban enemistarle con sus más íntimos amigos, se decide a actuar, y el 12 de marzo de 1811 le revela su corazón a su amigo Domínguez quien parecía dar crédito a las detractaciones, y le amonesta a decir las en memorable escrito revelador de la nobleza de su corazón, al que corresponden las siguientes frases: "Yo pensaba que usted conocía muy bien la vocinglería de Bogotá para darle crédito en algún caso: mire, pues, entre qué víboras vivimos. Por un sincero impulso le tiendo mi mano para la reconciliación, no por interés alguno sino porque existe otra causa de mi procedimiento. El

testimonio de mi conciencia me tranquiliza, y si doy este paso, no es otro el motivo sino recordar a usted que lo he amado de veras, por sus cualidades personales y por su corazón. Ningún interés ha mediado; usted lo sabe y no puedo mentir. Mi retiro tiene otros motivos: es general”.

Profundo conocedor de la tierra y sus gentes tanto en las zonas tórridas, como en los remotos valles y en la pretenciosa capital, consideraba que existía unos núcleos urbanos dignos de tenerse en cuenta como sedes de gobierno. Coincidió con Pombo en la ventajosa posición que ocupaba Cartagena frente a Bogotá, y personalmente pensaba en los intereses de su ciudad natal; y lo preocupaba también la reacción de Quito en caso que Bogotá intentara gobernar sola.

Lozano, eficazmente ayudado por Caldas, realizó heroicos esfuerzos para conjurar la crisis y consolidar la reunión política de un pueblo que nunca antes la había conocido.

En mayo de 1811 estaba elaborada la plataforma de una carta fundamental de la Nueva Granada en la que debían incorporarse las ideas centralistas y las federalistas tratando de satisfacer las doctrinas de ambas tendencias. El proyecto Lozano se fundamentaba en la división administrativa del país en cuatro grandes circunscripciones a la manera de los Estados Unidos de América, a saber: Quito, Popayán, Cartagena y Cundinamarca. Como presidente de este último Estado se preocupó Lozano en imprimirle pacíficamente unidad práctica, más ceñida al idealismo que a la forma. Al fin se logró también la aceptación del proyecto constitucional el 27 de noviembre de 1811 por la mayoría de las provincias que habían enviado delegados con los votos de las diputaciones de Antioquia, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja; votaron en contra de Chocó y Cundinamarca simpatizantes de Nariño. Espléndida parecía esta Constitución en la teoría, pero en la práctica la confederación de los Estados soberanos permanecía siendo una utopía.

Los nuevos políticos bogotanos creíanse los conductores natos de todo el reino, si bien casi la totalidad desconocía la mayor parte del territorio; pero considerábanse más capacitados que sus émulos de provincia; ellos capitalizaban el triunfo obtenido dos meses antes de la aceptación del principio federativo en la capital, pues el 19 de septiembre de 1811 Nariño suplantó a Lozano en la presidencia de Cundinamarca.